

# Juego duro

**F**ORD-Dole contra Carter-Mondale: tras la Convención republicana, la lucha electoral que va a dominar los próximos meses se ha establecido a base de estos cuatro nombres oscuros. Dole, elegido por Ford para acompañarle como candidato a la Vicepresidencia, es tan poco conocido como lo era Mondale cuando fue designado por Carter, aunque Mondale tenía cierta estima en los medios laborales. El propio Carter era un desconocido cuando se lanzó a la carrera de las primarias. Y Ford hubiera pasado su vida en el anonimato que le acompañó siempre (no pasó de ser un hombre útil para la maquinaria de su partido) de no haber mediado las raras circunstancias que le llevaron a la Presidencia. Parece que de momento ha terminado la era de los grandes políticos, de nombres brillantes, en los Estados Unidos. Como si las verdaderas fuerzas de poder prefirieran personajes de segunda fila.

En este movimiento de apariencias, Ford y Dole representan una derecha; Carter y Mondale, una izquierda. Son formas de hablar. Se ha tramado previamente que Ford presentase a Reagan como vicepresidente para unir así las dos candidaturas principales de los republicanos y restaurar el partido. Pero, finalmente, prevaleció la idea de que la estampa iba a ser demasiado derechista. No es que Dole lo sea menos; es que no se sabe tanto, y es más cuidadoso en sus discursos. En realidad, se trata de una candidatura nixoniana. Se sabe que Ford fue siempre hombre de Nixon y que, en el poder, hizo lo posible

por exonerarle de sus terribles cargos, hasta firmar el indulto. Bob Dole, senador de Kansas, también lo es. El senador de Kansas ha sido compañero de Ford en la conducción de la minoría republicana del Senado, y dentro de esa minoría, en el ala conservadora. En el ala de Nixon, entre los defensores de Nixon en los peores momentos de las acusaciones. Solamente que tiene fama de más agudo, de más combativo, de más mordaz que Ford. Un hombre de ataque. Le viene de su antiguo cargo de fiscal (en un condado de Kansas), donde tomó ese estilo que conocemos por las múltiples películas forenses que produce Estados Unidos. Es, en ese sentido, un arquetipo. Procede de una clase tenida por sencilla: su padre tenía un almacén de lechería y huertería. Quiso estudiar la carrera de Medicina, pero la guerra mundial se la interrumpió: llegó a capitán y fue gravemente herido en Italia. Perdió el uso de su brazo derecho y parte del izquierdo. Cuando volvió a casa, después de más de tres años de hospitalización, se dedicó a la política y fue protegido por Ford, el cual estaba a su vez protegido por Nixon. Se sabe cuál es la importancia de un candidato a la Vicepresidencia: una figura más bien marginal, que desarrolla su importancia en la campaña electoral —su estilo de discursos puede ser muy útil a Ford—, para pasar después al olvido si gana las elecciones: un vicepresidente no es nada. Pero, de pronto, puede cobrar una importancia vital: si desaparece el Presidente, se convierte él en Presidente automáticamente. Y la

estadística de vicepresidentes ascendidos es lo suficientemente abundante como para no desestimar esa posibilidad.

El Partido Republicano no ha podido —o no ha sabido, o no ha querido— desprenderse de la línea nixoniana. Se expone a lo que, desde luego, sucederá y está sucediendo ya: que le recuerden continuamente el escándalo de Watergate. Va a pesar mucho ese tema en las elecciones, y las actuales profecías que dan a Carter como vencedor seguro están basadas en las resonancias y vivencias de Watergate como uno de los factores determinantes. Otro es la escasa personalidad de Ford y la imagen que ha dado de indecisión, de inseguridad: de nulidad. Pero queda la campaña electoral. Se dice que va a ser muy llamativa. En efecto, a estos cuatro ciudadanos les quedan dos meses para darse a conocer. Digamos que Ford es demasiado conocido, que Carter ha creado una imagen pero no un fondo. El estilo de la campaña puede ser el de la discusión mutua.

Según parece, el estado mayor republicano ha decidido marcar su campaña con ataques directos a Carter. Con la provocación. De ahí procede la invitación hecha por Ford a Carter para tener un "mano a mano" en la televisión: Carter ha aceptado en seguida. Con fruición. Se supone a sí mismo infinitamente más brillante, en imagen y en palabra, que el borroso Presidente. La decisión republicana se basa principalmente en que Carter es vulnerable —o creen ellos que lo es— en su programa, que es demasiado vago —o no existe—; y que es tan irascible que puede perder su sonrisa y su autoseguridad si se le sabe provocar, dando en ese caso una imagen contraria —la del hombre irascible— a la que ha podido sostener hasta ahora. Ford es de-

masiado simplón para este tipo de lucha: preferiría sostener su campaña a base de la "solidez" que él cree haber dado a la Presidencia en estos tiempos: es decir, el juego clásico de la campaña hecha desde la Casa Blanca. Dole podría ser el gallo de pelea. Ya ha empezado en la misma Convención con algunas frases: "El Partido Demócrata no sabe realmente lo que quiere su candidato... Y el candidato demócrata no piensa que tenemos derecho a saberlo". O cuando le ha llamado "transformista" (los transformistas son esos artistas de variedades especializados en cambiar de disfraz en escena en unos segundos), aludiendo a lo que parece el eje del ataque: su poca consistencia política y sus cambios continuos de línea: "Una política de derechos civiles para los negros y otra para los blancos, una política para los pobres y otra para los ricos...". Carter ya se ha dado por aludido ante esta campaña, denunciando que los republicanos "quieren montar una viciosa campaña sin precedentes de ataques personales contra mí".

Estos dos meses que quedan ante las elecciones pueden ser decisivos en inclinar a un lado o a otro votos hasta ahora indecisos. No dependen sólo de la campaña, sino de los acontecimientos exteriores. Como Ford lleve adelante ciertos asuntos urgentes que puedan presentarse —por ejemplo, el actual caso de Corea—, ha de ser decisivo para esos no configurados. Pero las encuestas y los computadores, hasta ahora, están muy seguros de que Carter va a ganar, y de que la mayoría demócrata en el Congreso va a crecer más. Y que por primera vez desde hace muchos años, el Congreso y la Casa Blanca pueden tener una política unitaria, lo cual se considera trascendental para el futuro. ■

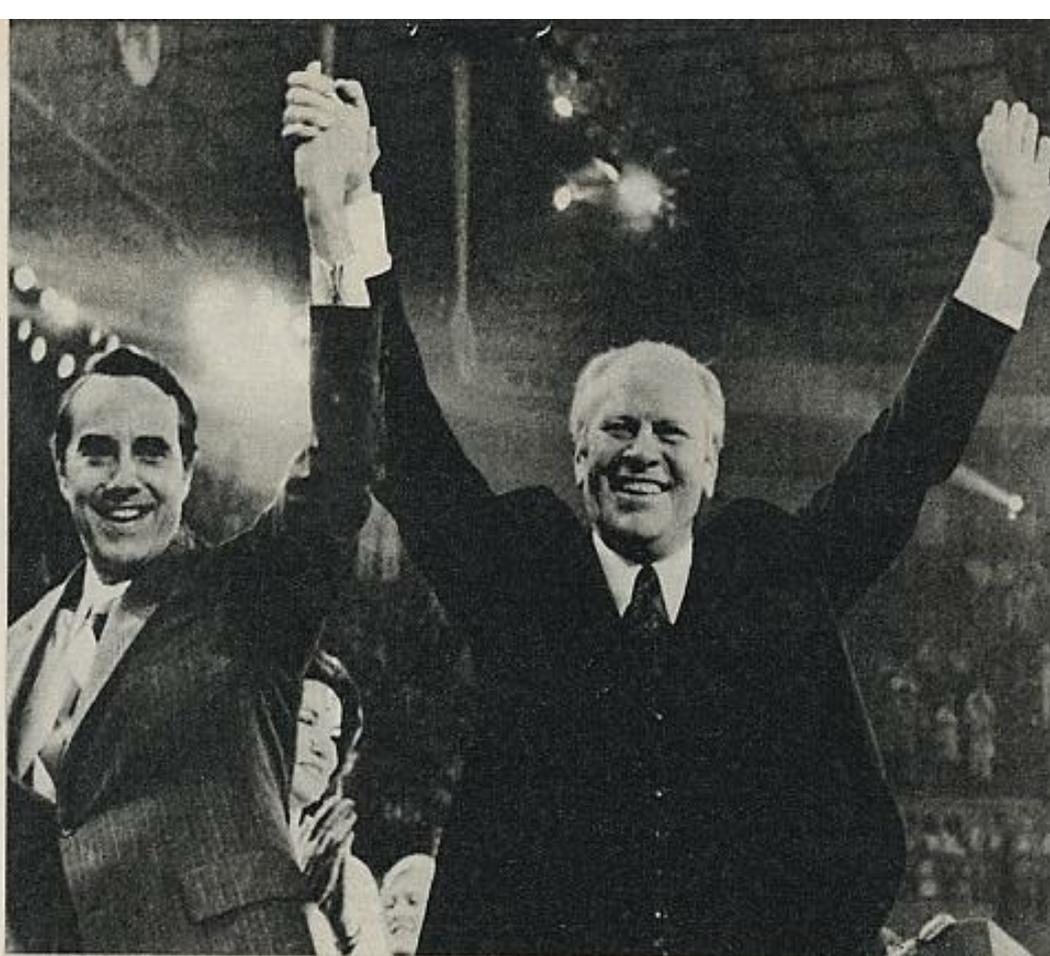


Si Ford gana las elecciones será "porque no ha prometido nada nuevo" y muchos norteamericanos piensan que su país es aún "el menos malo de los lugares".

## For-Dole, dos conservadores por el partido republicano

**S**i la Convención del Partido Demócrata estuvo definida por el espíritu de unidad, la del Partido Republicano se ha caracterizado por la reñida lucha entre los dos candidatos que aspiraban a representarlo en las próximas elecciones: Gerald Ford, el actual Presidente, y Ronald Reagan, su contrincante. Aunque Ford era el favo-

rito, lo cierto es que la pugna se mantuvo hasta el fin, cosa que, ciertamente, da una idea exacta de la difuminada personalidad de quien hoy ocupa la más alta magistratura del país. Ser Presidente y aparecer, primero, borrado por el sonriente Jimmy Carter, y, luego, emparejado con Ronald Reagan, son cosas que nunca hubieran su-



Ford y Dole, elegido como candidato a la vicepresidencia, dos hombres de Nixon para el partido republicano que no ha podido —o no ha sabido, o no ha querido— desprenderse de la línea nixoniana.

cedido de ser Ford —beneficiado con el aparato del poder— una figura política importante. Si bien, quizá, eso cuenta poco, porque el Sistema norteamericano, tanto en el plano nacional como en el internacional, se ha mantenido sustancialmente invariable a través de una serie de Presidentes de distinta tendencia. Al final, no se sabe bien si los norteamericanos eligen al candidato que "mejor hace su papel" o a quien plantea una política más acorde con los deseos de la mayoría, tal vez porque, hoy por hoy, nada sustancial se pone en juego con elegir a uno o a otro Presidente. La indiferencia con que buena parte de norteamericanos ha seguido la televisada pugna entre Ford y Reagan, más la abrumadora cantidad de lugares comunes pronunciada durante la Convención por Rockefeller, Goldwater y otras figuras preeminentes del partido, subrayarían hasta qué punto se trata de un mecanismo protocolario, cuya verdadera razón de ser no se discute en un debate sólo tangencialmente político. Se dirime, en última instancia, el nombre de quienes mejor servirán unos principios y, por tanto, unos intereses —que están fuera de cuestión—. El liberalismo sería, desde esta perspectiva, la cuota que se asignan los intereses dominantes para su protección.

Conviene, sin embargo, no perderse en el esquematismo. Porque

si es verdad lo que hemos dicho, también lo es que en los Estados Unidos existen una serie de fuerzas sociales populares que el Sistema debe acomodar y aquietar, incluso disociando si es preciso la defensa internacional e imperialista de sus grandes compañías y las prácticas y el lenguaje democrático con que se define en el interior.

De ahí esta especie de doble perspectiva. Porque si uno piensa, por ejemplo, que ni Ford ni Carter devolverán jamás a los panameños la zona del canal, para los millones de obreros en paro o para las minorías nacionales, por poner dos ejemplos, quizá sí cuente el hecho de que sea uno u otro quien llegue a la Presidencia.

La elección hecha por Ford de quién ha de acompañarle en su candidatura —a título de posible vicepresidente— se presta a muy diversas consideraciones. Por lo pronto, como ocurriera con Carter al elegir a Mondale, ha servido para definirle más claramente ante la opinión pública. Si Carter parece hoy "más liberal", por tener a su lado a Mondale, Ford parece "más conservador" que nunca al haber elegido al nixoniano Robert Dole, que se ha hecho famoso, tanto en la Cámara de Representantes como después en el Senado, por sus ataques a liberales y moderados. El hecho de que Ford acudiera a la Convención de Kansas sin haber

elegido aún su compañero —Reagan había optado por llevar a su flanco a un hombre de claro prestigio liberal, creando así el clásico binomio antagónico para ver de sacar votos de todas partes— muestra hasta qué punto sabía que se trataba de una cuestión que podía costarle la derrota. Si, finalmente, eligió a un conservador fue para ganarse a los "reaganistas" y ofrecer una imagen de unidad del Partido Republicano tras las ásperas confrontaciones que precedieron a la Convención. Aquí muchos pensaban que esa unidad saldría de una nueva propuesta, con Ford para la Presidencia y Reagan para la Vicepresidencia. La presencia de Ford en Kansas sin haber nominado compañero —cosa que, en teoría, debió haber hecho para asegurarse algunos votos vacilantes— es quizá la prueba de que él mismo contemplaba esa posibilidad. Sólo que Reagan, que subió al podio para felicitar a Ford por su victoria, no aceptó la fórmula y dio por buena la elección del duro Robert Dole. Falta ahora saber si los "reaganistas", que se habían agrupado en torno a la política dura de su candidato como si se tratara de una cruzada, estarán o no conformes con el arreglo. Aunque, presumiblemente, todos votarán a Ford, siquiera para cerrarle el camino a Carter-Mondale, una alternativa mucho más liberal.

¿Qué representa Ford hoy en los Estados Unidos? Para muchos, según he oído en los más diversos lugares, la inmovilidad. No importa que, buscando ese carisma oratorio del que carece en absoluto, haya intentado hablar en la Convención de una nueva etapa política del país, entroncable, nada menos, con la que vivieron los Estados Unidos en las primeras décadas de su nacimiento. Eso forma parte del programa del bicentenario, o, simplemente, es una prueba del éxito que dicho programa ha tenido sobre el mismo Presidente. Si Ford gana las elecciones será, sobre todo, "porque no ha prometido nada nuevo", y muchos piensan que Norteamérica es aún el "menos malo de los lugares". El reformismo de Carter hace pensar a muchos en la subida de los impuestos —sin comprender que el candidato del Partido Demócrata lo que ha propuesto es una nueva legislación fiscal que beneficie a los menos ricos—, en el mayor intervencionismo estatal en el campo de la economía, en la solicitud de una conciencia social que el individualismo norteamericano contempla sin entusiasmo: Carter aparece a los ojos de muchos como alguien que va a exigir un esfuerzo para que ciertas cosas mejoren; Ford, en cambio, proyecta la imagen gris de un empleado eficiente, que evitará la inflación, mantendrá tranquilos a los parados con un pequeño seguro —¡qué inmovilizador puede llegar a ser un seguro de desempleo combinado con otros factores alienantes!—, y dedicará cuanto dinero haga falta para que las armas garanticen la intangibilidad de ese mundo. De aquí a noviembre, los órganos de información se encargarán de transmitir lo que diga cada parte. Ford-Dole hablarán poco de sus planes y dedicarán el mayor esfuerzo a presentar a Carter como un charlatán, un aventurero, un fabricante de promesas y un peligro para la "vida americana"; Carter-Mondale, por su lado, seguirán solicitando la "credibilidad" de las gentes, para llevar adelante una serie de reformas y poner la política más cerca del pueblo. La simple confrontación de lo dicho en las Convenciones de los respectivos partidos marca ya la que va a ser pauta de las próximas semanas.

Si USA fuera un país de futuro, la elección —aun dentro de los límites del juego— parecería clara. Pero el problema está en que el país, en la cumbre de su poder, comienza ya a ser un país de pasado, más dado a preguntarse qué se hicieron de sus sueños que a luchar por alcanzarlos. Esa es, en definitiva, la baza de Ford y de su nuevo compañero, el último defensor de Nixon y agresivo Robert Dole, que debe andar ya a vueltas con las palabras que pueden borrar la permanente sonrisa de Jimmy Carter. ■ JOSE MONLEON (Nueva York).